

Reseña del libro *Hacia un hábitat para el Buen Vivir. Andanzas compartidas de un caracol peregrino*

Book review: Towards a habitat for good living, shared adventures of a pilgrim snail

Maria Silvia Emanuelli*

Fecha de recepción: 03-05-2017 – Fecha de aceptación: 30-07-2017

Hábitat y Sociedad (ISSN 2173-125X), n.º 10, noviembre de 2017, pp. 341-348.

<http://dx.doi.org/10.12795/HabitatySociedad.2017.i10.20>

Abstract

Enrique Ortiz Flores usually talks about himself as an architect who stopped being one the moment he became one. After remodeling housing during his academic career, on November 1965, Enrique began to dedicate himself to social questions as a member of the Operational Center for Housing and Population, the first Mexican nongovernmental organization to focus on social housing and the second such organization in all of Latin America. The Rosa Luxemburg Stiftung invited Enrique, at the age of 78, to write a book on the main experiences of his life, which he had dedicated to fighting for the recognition and obtainment of a dignified life for all. His written account is divided into five periods of eleven years each. Through anecdotes and reflections on the reality which he was forced to live and in which he fought to influence and frequent appeals to the voices of his colleagues and friends, Enrique makes us witnesses of different transformative experiences of the production and social habitat management. While these experiences might sometimes seem invisible or disarticulated from each other, they face and continue to confront the 'status quo' and have become foundations of hope for a different future.

Key words

Production and social habitat management, Social habitat; Popular struggles; Right to the city

Resumen

Enrique Ortiz Flores suele hablar de sí mismo como el arquitecto que dejó de serlo el día después de haberse recibido. Haciendo a un lado la remodelación de casas que realizó durante la universidad, en 1965 empezó a dedicarse a cuestiones sociales entrando a hacer parte del Centro Operacional de Vivienda y Poblamiento, la primera organización no gubernamental mexicana enfocada al hábitat popular y la segunda en toda América latina. Al cumplir 78 años de edad, Enrique fue invitado por la Rosa Luxemburg Stiftung a plasmar en un libro las principales experiencias y los aprendizajes de su vida dedicada a luchar por en el reconocimiento y la obtención de una vivienda digna para todos y todas. Lo hizo a través de un recuento dividido en cinco ciclos de once años cada uno. Entre anécdotas, reflexiones sobre la realidad que le tocó vivir y en la que logró incidir y las palabras de colegas y amigos, Enrique nos hace testigos de diversas experiencias transformadoras de producción y gestión social del hábitat que, sin bien en ocasiones permanecen invisibles y desarticuladas entre sí, se han enfrentado y se siguen enfrentando al *statu quo*, convirtiéndose en cimientos de la esperanza de un futuro diferente.

Palabras clave

Producción y gestión social del hábitat; Hábitat social; Luchas populares; Derecho a la ciudad

* Licenciada en derecho. Coordinadora de la Oficina para América latina de la Coalición Internacional para el Hábitat (HIC-AL). Huatusco 39, Colonia Roma Sur, Delegación Cuauhtémoc, 06760, Ciudad de México, México. C.e: hic-al@hic-al.org.

Ortiz Flores, E. (2016). *Hacia un hábitat para el Buen Vivir. Andanzas compartidas de un caracol peregrino*. México D.F.: Rosa Luxemburg Stiftung¹

Es por esta experiencia personal y por lo que fui descubriendo en los barrios populares y en los pueblos, que no puedo aceptar que la vivienda se piense y se resuelva como un simple objeto, un producto industrializado o como mera inversión y mercancía. Concibo la vivienda como un acto consciente del habitar humano, que construye una relación afectiva con el lugar que ocupa; como un ente vivo, relacionado estrechamente con los rasgos culturales, los sueños y las decisiones de sus habitantes; como un proceso dinámico, progresivo como en el caso de las viviendas autoconstruidas en los barrios populares, o regresivo como en el caso de la mía (Ortiz, 2016, p. 25).

No es posible reseñar el libro de Enrique Ortiz como se haría con un texto de investigación o con una novela. Como él mismo lo dice, se trata más bien de una compilación de andanzas que agrupa en cinco periodos cronológicos en comunicación continua entre ellos. La peculiaridad del texto, difícilmente etiquetable, se refleja también en esta breve reseña que se aleja de las formas clásicas de presentar una obra —entre otras cosas— por los apuntes personales que se harán. Apuntes que espero le sirvan al lector para acercarse a un hombre que ha construido su peculiar forma de trabajar con la gente necesitada de un lugar donde vivir y que, gracias a ello y a su capacidad de propuesta hacia los tomadores de las decisiones, ha podido recoger frutos concretos y duraderos. Aun así, es necesario precisar desde ahora que en el libro también encontramos múltiples reflexiones que nos permiten entender la forma y los contextos en los que se han gestado las construcciones teóricas de las cuales Enrique ha sido artífice, junto a tantas otras personas con las cuales ha podido confrontarse y aprender.

Para quienes conocemos y queremos a Enrique por haber colaborado con él durante varios años —pero seguramente también para las personas que escuchan hablar por primera vez de este peculiar arquitecto mexicano—, sumergirse en las páginas de su libro constituye un verdadero placer por el cúmulo de enseñanzas que contiene, las reflexiones sobre presente y futuro, e incluso, por su gran sentido del humor. La lectura también permite entender que los lineamientos flexibles y creativos sobre los cuales el equipo de HIC-AL basamos nuestro trabajo se deben —en gran medida— a la apropiación de su visión sobre las formas de organización y operación de una red como la Coalición Internacional para el Hábitat.

En el transcurso de todo el texto —así como en el día a día— Enrique nos invita todo el tiempo a pensar en la importancia de la *praxis*; en la necesidad de partir de las experiencias en el terreno y con la gente para determinar el rumbo de nuestra acción. De lo relevante que es apoyar a personas que han escogido la vía de la organización y que puedan ser protagonistas de su transformación; de la riqueza del intercambio de saberes y experiencias; del valor de lo colectivo —así como del trabajo en red—, que se refleja en la propia construcción de este libro a varias voces. El autor se refiere en múltiples ocasiones al respeto de lo diferente; a la importancia de la creatividad; a la necesidad de dialogar “con quien se deje” para avanzar en la transformación de nuestra realidad; de trabajar a diferentes escalas; de multiplicar las experiencias transformadoras que dan esperanza para un mundo dife-

¹ El libro puede ser descargado de: <http://www.rosalux.org.mx/articulo/publicacion-enrique-ortiz-flores-hacia-un-habitat-para-el-buen-vivir-andanzas-compartidas>.

rente —lo que sigue impulsando en la actualidad en el marco del grupo de trabajo regional sobre producción y gestión social del hábitat—.² Nos recuerda que el cambio no se logra solo con la protesta, sino con la propuesta que, además, debe ser ensayada en la realidad. Nos comparte la riqueza que implica abrirse a otras culturas así como a los jóvenes con los que tiene un diálogo extraordinario y de identificarse con los protagonistas de las transformaciones sociales; nos da prueba con su actuar de los frutos que pueden recogerse gracias a la perseverancia (como cuando reconstruye el camino de casi cuarenta años que llevó al reconocimiento de la producción social del hábitat en la Ley de Vivienda de México). Nos sugiere todo lo anterior con mucha esperanza en lo nuevo que ya se está gestando, haciendo suyo el optimismo militante planteado por Ernst Bloch. Y es justamente su optimismo y positividad sin ingenuidad una de las cosas que más sorprenden de Enrique. Cuando muchos de sus colaboradores más jóvenes tendríamos ganas de “tirar la toalla”, él nos recuerda que el cambio es posible y que existen múltiples experiencias que lo demuestran, muchas de las cuales conoce de primera mano.

También es aleccionadora la cercanía y confianza que ha sido capaz de construir con los movimientos sociales en una relación de respeto, enseñanza y escucha recíprocos. Es muy probable que las raíces de la sensibilidad que se lo ha permitido se encuentren ancladas en las experiencias vividas durante el primer ciclo de su vida descrito como “Los inicios: sueños, culturas, primeras decisiones. 1945-1965”. En este capítulo, además de hacer múltiples referencias a su familia de origen, nos relata un viaje —hecho en su etapa universitaria— que podríamos definir iniciático, que lo acercó a comunidades lacandonas de Chiapas. Su intención era trabajar con ellas y proponerles un pueblo que sería objeto de su tesis. Del intenso diálogo que logró entablar con algunos de sus representantes, se dio cuenta de que no era allí donde lo necesitaban, ya que las comunidades eran autónomas, producían todo lo que requerían y no se dejaban influenciar por los numerosos misioneros que en ese entonces buscaban evangelizarlas. Moviéndose entonces su mirada hacia las poblaciones que migraban desde los Altos de Chiapas, dejando todo atrás, por lo que sí necesitaban un lugar en el que instalarse y que además fuera capaz de evolucionar. Fue en ese momento que Enrique gestó la idea de un pueblo que tuviera la forma de un caracol. Símbolo que más adelante —por inmensa coincidencia— fue escogido por los zapatistas al diseñar el lugar en el que realizaron su primera Convención Nacional Democrática. Es otra vez la metáfora del caracol la que escoge para describir sus andanzas y a partir del cual construye su propio relato y organiza el texto. Este especial caracol se alimenta de los valores simbólicos del mundo indígena mexicano, avanza su camino enriqueciéndose de experiencias diversas provenientes de diferentes rincones del planeta para volver a recurrir a las enseñanzas del mundo indígena latinoamericano —como es el buen vivir— y desde allí plantear visiones de futuro. El acercamiento con la población lacandona fue solo el inicio de su relación con el mundo indígena, ya que a su regreso fue invitado a diseñar la sala del Museo Nacional de Antropología dedicada a las poblaciones totonacas y huastecas de la costa del Golfo, lo que lo llevó a sumergirse con entusiasmo en su cultura.

Durante el segundo ciclo de la vida de Enrique, denominado “Descubriendo el camino. 1965-1976”, empezó a colaborar con el Centro Operacional de Vivienda y Poblamiento (COPEVI), donde conoció a

² Para mayores informaciones se puede consultar: <https://produccionsocialhabitat.wordpress.com>.

su esposa, con la cual trabajó en un pequeño proyecto de vivienda en una zona rural e indígena del valle del Mezquital. Si bien buscaron dialogar con las personas que iban a habitar el tipo de casa que querían, todo salió diferente a lo planteado, lo que los llevó a repensar muchas de sus convicciones de jóvenes urbanos inexpertos que deseaban aplicar nuevas ideas e incluso a poner en discusión las formas de comunicación empleadas. Estos fueron también los años del acercamiento a barrios urbanos que estaban creciendo bajo la masiva migración del campo a la ciudad y el ensayo de formas creativas de búsqueda de financiamiento para las clases populares en instancias del Estado enfocadas a dar créditos únicamente a la clase media. Años, además, de las grandes revueltas estudiantiles en las cuales participó como profesor de la Universidad Autónoma de México, de cuestionamientos e inquietudes que lo llevaron a conocer lo que se estaba gestando en otros países de América latina. De Chile a Argentina, pasando por Colombia, Brasil y Uruguay, tuvo la oportunidad de encontrar a muchos de los y las protagonistas de proyectos societarios de avanzada, y años después recibió en su casa a amigos y colegas que del Cono Sur se refugiaban a México escapando de las dictaduras. A su regreso fue natural poner en práctica el bagaje de aprendizajes logrado en los proyectos en los cuales se involucró. Con uno en particular —al cual dedica varias páginas por haber sido “su primera escuela”— sigue manteniendo hasta el día de hoy una relación especial: el de la cooperativa Palo Alto. Fueron también los años de la Primera Conferencia de las Naciones Unidas sobre Asentamientos Humanos, en la cual participó para exponer las novedosas propuestas que surgían de la región por lo que a hábitat se refería.

Además de ser capaz de dialogar con los movimientos sociales, Enrique también ha logrado la interlocución y el respeto de los tomadores de decisiones. Como lo explica en el libro el arquitecto Roberto Eibenschutz, su prosa sencilla, profunda y poética logra hacer mella incluso en los espacios de poder. Hay una fase en la vida de Enrique en la que pudo ensayar este don con mayor fuerza. Sucedió cuando ocupó cargos públicos, período al cual decidió referirse significativamente como “El encuentro de dos mundos. 1976-1987”. En un inicio llamado a trabajar en el Programa Nacional de Vivienda que surgió de un documento en cuya elaboración había participado, buscó construir herramientas para sostener las experiencias desarrolladas en el terreno como Palo Alto. Su vivencia y práctica alimentaron la cimentación de políticas públicas en favor del hábitat social que se contrapusieron a las recetas gestadas únicamente en el escritorio de burócratas alejados de la realidad de las mayorías. Es así como lo primero que planteó juntos al grupo que colaboró en este esfuerzo, fue que la vivienda es un proceso y no un objeto y es justamente en este proceso que los grupos organizados pueden ser protagonistas de transformaciones que van más allá de la construcción de cuatro paredes. También tomó conciencia de que las herramientas que se construyen para sostener las experiencias sociales deben quedar fuera de las reglas del sistema para evitar que se debiliten. Más adelante, participó en el Fondo Nacional de Habitaciones Populares asumiendo incluso su dirección. En toda esta época el grupo con el cual colaboró permitió que este organismo, hoy en total decadencia, pasara en solo dos años de la ejecución de 7000 acciones de vivienda a 60000. Desde este espacio puso en marcha “políticas de operación destinadas a administrar la complejidad”, con el fin de no homogeneizar las distintas situaciones que se presentaban. Buscó flexi-

bilizar el sistema aún bajo reglas claras y reducir al máximo las normas para no poner trabas a la creatividad y a la diferencia. La idea de la vivienda como proceso se reflejó en el sistema financiero impulsado que permitía el financiamiento por partes en el marco de viviendas progresivas. Resumiendo lo logrado durante estos años transcurridos en el sector público, Enrique plantea que lo que se obtuvo fue:

confianza y apoyo de las autoridades, a la vez que convicciones firmes; capacidad de concretar las propuestas en instrumentos operativos, confianza en la innovación y rechazo a la burocratización; confianza en que no todo tiene que volverse norma y ser rígido, porque la flexibilidad genera entusiasmo y compromiso del grupo que impulsa el proyecto, al tiempo que les abre nuevas perspectivas (ob. cit., p. 134).

Su regreso a la sociedad civil, relatado en el ciclo identificado como “Un nuevo mundo en el mundo: La Coalición Internacional para el Hábitat (HIC). 1988-1999”, fue en el marco de esta red internacional con la cual sigue colaborando. Desde el cargo de secretario general y presidente de HIC impulsó una serie de iniciativas que siguen teniendo efectos al interior de la Coalición. Buscó articular y visibilizar experiencias que se gestaban en los diferentes continentes en los cuales HIC tienen miembros y con los ojos puestos en las iniciativas locales, para incidir en las agendas globales. En los años siguientes, “Nuevas perspectivas: 1999-2010”, impulsó incansablemente conceptos transformadores como el del derecho a la ciudad participando activamente en la elaboración de la Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad y en la Carta de la Ciudad de México por el derecho a la ciudad, que finalmente fue firmada por los tres poderes de la capital de su país natal y que en la actualidad acabó vertebrando la carta de derechos de la nueva Constitución local.

La lectura del libro, pero sobre todo su cierre, donde nos ofrece propuestas y reflexiones para seguir caminando y transformando el mundo, aún consciente de las múltiples crisis que estamos viviendo, me recordó algunos fragmentos del Principio Esperanza de Ernest Bloch. Como es sabido, el filósofo alemán sostiene que “la utopía es una ventana abierta hacia un paisaje que empieza a dibujarse entre las brumas de lo que todavía no es” (Ainsa, 1999, p. 66). Se trata, por lo tanto, de utopía concreta basada en lo posible. Enrique nos recuerda en diferentes puntos del texto y en la vida diaria que el mundo no está dado, sino que hay muchos resquicios y experiencias que permiten cambiarlo. Al terminar el libro plantea que:

No se trata de formular un nuevo modelo de desarrollo ni una utopía construida en el vacío, ni mucho menos de construir una propuesta que nos saque de la realidad actual y concreta, sino de abrir cauces a partir de experiencias concretas y transformadoras (Ortiz, 2016, p. 247).

Para cerrar quiero retomar un recuerdo compartido por el arquitecto Óscar Hagerman, gran amigo de Enrique, que relata que en la clase de educación plástica que tomaban en la carrera de arquitectura, los ponían a dibujar conciertos de Sostacovich. Mientras elaboraba esta reseña tenía en mí buró la novela titulada *El ruido del tiempo*, que Julian Barnes dedica a este músico que, según se reporta, para salvar el pellejo en la época de Stalin, se plegó al poder dejando en el camino su dignidad y negando el arte que había producido. Casualmente, también

este texto está dividido en épocas que retoman la vida del protagonista. Cada una de ellas empieza así: “lo único que sabía es que era el peor momento” (Barnes, 2016). Pensé, entonces, con todas las salvedades del caso, que el libro aquí reseñado es justo lo contrario. Además del entusiasmo que caracteriza cada una de las páginas, resulta obvio que el arquitecto mexicano ha dedicado su vida a la honestidad del pensamiento y de la acción sin plegarse al modelo dominante ni cuando asumió cargos públicos. Ya Lorena Zárate en el prólogo del libro se refiere a la melodía que nos acompaña al leer el texto de Enrique. Siguiendo esta idea, y con un poco de humor, imaginamos que si Barnes escribiera un libro sobre nuestro querido compañero podríamos sugerirle titularlo *La sinfonía del tiempo*, y como subtítulo “La obra musical de un lodonauta”, como el mismo Enrique se ha definido al recibir el Premio Nacional de Arquitectura 2015.

Referencias

Ainsa, F. (1999). *La reconstrucción de la utopía*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.

Barnes, J. (2016). *El ruido del tiempo*. Barcelona: Anagrama.

Ortiz Flores, E. (2016). *Hacia un hábitat para el Buen Vivir. Andanzas compartidas de un caracol peregrino*. México D.F.: Rosa Luxemburg Stiftung.

Emanuelli, M. S. (2017). Reseña del libro *Hacia un hábitat para el Buen Vivir, Andanzas compartidas de un caracol peregrino*. *Hábitat y Sociedad*, 10, 341- 348.

<<http://dx.doi.org/10.12795/HabitatySociedad.2017.i10.20>>



